

Los Institutos Seculares: sal, luz y fermento en el mundo

Vicenta Estellés Marqués¹

Introducción

Los Institutos Seculares estamos celebrando el 70 aniversario de nuestro nacimiento, y deseamos compartir con la Iglesia nuestra acción de gracias. El 2 de febrero de 1947, con la promulgación de la constitución apostólica *Provida Mater Ecclesia*, el Papa Pío XII aprobó oficialmente una “nueva forma de vida de perfección”, que posteriormente, el Código de Derecho Canónico de 1983 definió así: «Un Instituto Secular es un Instituto de Vida Consagrada en el cual los fieles, viviendo en el mundo, aspiran a la perfección de la caridad, y se dedican a procurar la santificación del mundo sobre todo desde dentro de él»².

Un carisma nuevo en la Iglesia

Ya en la segunda mitad del siglo XIX encontramos antecedente de esta nueva forma de vida consagrada, pero es en la primera mitad del siglo XX cuando se da un incremento considerable. En diferentes lugares y con sensibilidades distintas, surgen grupos de seglares y de sacerdotes que, manteniendo su estado laical o clerical, se consagran a Dios por la profesión de los consejos evangélicos, permaneciendo en el mundo de forma discreta y diseminada. Ciertamente, se iba gestando un carisma nuevo. Fue un auténtico *kairós* de Dios, respuesta a una situación especialmente convulsa en Europa, donde era necesaria la presencia de hombres y de mujeres, auténticos creyentes, que impulsaran los valores del Reino desde la cercanía e implicándose en la construcción de un mundo nuevo.

En España, un grupo de Fundadores y Fundadoras, a impulso del Espíritu, comparten, también, esta “intuición carismática”. A través de su testimonio y de su acción apostólica, van acompañando a grupos de seglares, mayoritariamente mujeres, que entregan su vida a Dios en las condiciones ordinarias de la vida, en el entramado de la sociedad, a través de sus trabajos, relaciones familiares y de amistad, compromisos profesionales y sociales, creación de obras al servicio de la promoción de sectores desfavorecidos, etc. «Así como el Verbo de Dios se hizo hombre, era necesario hacerse una misma cosa con las formas de vida de aquellos a quienes se quería llevar el mensaje de Cristo»³.

¹ Nacida en la localidad valenciana de Carpesa (1947) es en la actualidad Directora del Instituto Secular Obreras de la Cruz. Desde 1980 trabajó en la Secretaría Particular del Arzobispado de Valencia (con Mons. Miguel Roca y S.E.R. Agustín Cardenal García Gasco), recibió del Papa Benedicto XVI la Cruz *Pro Ecclesia et Pontifice* por su servicio a la Curia diocesana de Valencia. En la actualidad es la Presidenta Nacional de la Conferencia Española de Institutos Seculares (CEDIS).

² CIC, 710.

³ Cf. Pablo VI. *Ecclesiam suam*, 33

En ese momento, la novedad consistió en que laicos y sacerdotes del clero secular tenían la posibilidad de formar parte de un “estado de perfección” que hasta entonces se reconocía solo para religiosos. Se admite desde un principio la pluralidad de formas y se pide a los miembros de los nuevos Institutos buscar la santidad permaneciendo en el “siglo”. El camino, será ejercer plenamente el apostolado y profesar los consejos evangélicos en el mundo, sin imponer la vida común⁴.

Transcurrido un año, en 1948 el Motu proprio *Primo Feliciter*, reconociendo la acción del Espíritu que «recrea y renueva incesantemente la faz de la tierra afeada por grandes males», propone tres imágenes evangélicas que vienen a ser como el ADN de los Institutos Seculares: *sal* del mundo, en el que hemos de permanecer por vocación; *luz* en medio de las tinieblas; y el escaso *fermento* que, obrando siempre y donde quiera, mezclado en todas las clases de ciudadanos, desde las más humildes a las más alta, se esfuerza por transformarlas por la palabra y el ejemplo, hasta que toda la masa fermente en Cristo⁵.

Pio XII sentó las bases. Después, la vivencia de este nuevo carisma por los miembros de los Institutos Seculares y la aportación del Concilio Vaticano II sobre la teología del laicado, la relación Iglesia-mundo, el valor de las realidades temporales, la índole secular de la Iglesia... fueron consolidando una mayor y mejor comprensión de lo que somos y estamos llamados a ser. El Código de Derecho Canónico de 1983, así como los discursos y mensajes de los últimos Papas, han ido definiendo con palabras adecuadas nuestra identidad y las características de nuestra vocación.

La secularidad consagrada y los desafíos actuales

Vocación de síntesis

Pablo VI expresó una convicción que ha ayudado a concretar la característica principal de la secularidad consagrada: «Lo que ha inspirado el nacimiento y desarrollo de cada Instituto Secular ha sido el anhelo profundo de una síntesis: el deseo de afirmar simultáneamente dos características: la total consagración de la vida según los consejos evangélicos, y la plena responsabilidad de una presencia y de una acción transformadora desde dentro del mundo para perfeccionarlo y santificarlo»⁶.

Esta síntesis constituye un importante reto para los miembros de los Institutos Seculares, y solo se explica desde el misterio de la Encarnación. Así nos lo recordaba Benedicto XVI: «En efecto, lo que hace que vuestra inserción en las vicisitudes humanas constituya un lugar teológico es el misterio de la Encarnación»⁷. Síntesis que se traduce en vivir la unidad fe-vida: evangelio-historia humana; entrega a Dios-entrega a los hermanos. Es un modo concreto de superar «el trágico dualismo entre la fe y la vida, la Iglesia y el mundo, Dios y el hombre»⁸.

⁴ Cf. Pio XII. Constitución apostólica *Provida Mater Ecclesia*, núms. 11 y 12; art. I

⁵ Cf. PIO XII. Motu proprio *Primo Feliciter*, n. 2

⁶ PABLO VI. Discurso a los II.SS. con motivo del XXV Aniversario de la “Provida Mater Ecclesia”, 2 febrero 1972.

⁷ BENEDICTO XVI. Discurso a los II.SS. con motivo del 60 Aniversario de la “Provida Mater Ecclesia”, 3 febrero 2007.

⁸ E. PIRONIO. Mensaje al II Congreso latinoamericano de Institutos Seculares, 12 julio 1979.

Más que nunca, la aportación de los miembros de los Institutos Seculares, viviendo con determinación la síntesis consagración-secularidad, ofrece un importante servicio a la nueva evangelización que hoy está pidiendo la Iglesia. Ante la sociedad postmoderna, fragmentada por múltiples propuestas de sentido que favorecen identidades frágiles y fraccionadas, desarraigadas de todo compromiso con la historia de la humanidad, las Institutos Seculares ofrecen, desde la vida cotidiana, el testimonio de una vida unificada: amar a Dios es amar toda realidad humana; el amor a las realidades humanas es expresión de nuestro amor a Dios.

Consejos evangélicos, en secularidad consagrada

Vivir la pobreza evangélica, la castidad y la obediencia en el entramado de la sociedad actual, se convierte, hoy, en palabra profética. Una palabra que desea recordar a los cristianos el proyecto que Dios tiene del mundo y de sus criaturas:

«Aun siendo comunes a otras formas de vida consagrada (los consejos evangélicos) adquieren un significado nuevo: la castidad se convierte en ejercicio y en ejemplo vivo de dominio de sí mismo y de la vida en el espíritu [...], en un mundo que se repliega sobre sí mismo y deja a rienda suelta los propios instintos; la pobreza se hace modelo de la relación que se debe tener con los bienes creados y con su recto uso, mediante una actitud que es válida tanto en los países desarrollados donde el ansia de poseer amenaza seriamente los valores evangélicos, como en los países menos dotados en que vuestra pobreza es signo de solidaridad y de presencia con los hermanos que sufren; la obediencia se convierte en testimonio de la humilde aceptación de la mediación de la Iglesia y, más en general, de la sabiduría de Dios que gobierna el mundo a través de las causas segundas; y en este momento de crisis de autoridad, vuestra obediencia se transforma en testimonio de lo que es el orden cristiano del universo»⁹.

A modo de fermento en las estructuras del mundo

La síntesis consagración-secularidad configura también un modo de entender el apostolado. Por la total consagración a Dios, la vida del seglar consagrado se convierte toda ella en apostolado, en anuncio gozoso del Evangelio.

La imagen del fermento aporta luz para comprender cómo debe realizarse nuestra misión en el mundo. Lo pequeño, lo que no se ve, pero que lleva el germen de la vida evangélica, adquiere para los Institutos Seculares un valor imprescindible. Se nos pide cercanía con la gente, “diluarnos” en la masa; pasar “como uno de tantos”, pero con la fuerte convicción de que nuestra misión es “desvelar” su presencia en el mundo a través de la palabra, del testimonio de vida y de nuestros compromisos profesionales y misiones apostólicas.

Este modo de hacer y de estar, supone ir contra corriente en una sociedad que tanto valora el “espectáculo” y la ostentación, en una sociedad que necesita recuperar el valor de la discreción y la gratuidad, de la entrega a fondo perdido. Ahí nos envía la Iglesia por una vocación particular. Ahí nos esperan tantos hermanos heridos en su dignidad como hijos de Dios.

⁹ PABLO VI. Discurso a los II.SS. con motivo del XXV Aniversario de la “Provida Mater Ecclesia”, 2 febrero 1972,13.

Benedicto XVI, en su discurso a los Institutos Seculares en febrero de 2007, sugiere caminos concretos y apasionantes: «forma parte de la misión secular el esfuerzo por construir una sociedad que reconozca en los diversos ámbitos la dignidad de la persona y los valores irrenunciables para su plena realización: la política, la economía, la educación, el compromiso por la salud pública, la gestión de los servicios, la investigación científica, etc. Toda realidad propia y específica que vive el cristiano, su trabajo y sus intereses concretos, aun conservando su consistencia relativa, tienen como fin último ser abrazados por la misma finalidad por la cual el Hijo de Dios entró en el mundo»¹⁰.

Cada Instituto, según el carisma propio, acentuará cómo y dónde ser fermento de vida evangélica en el mundo, pero lo hará desde el mundo, sabiendo que «la obra de la salvación no se llevó a cabo en contraposición con la historia de los hombres, sino dentro y a través de ella»¹¹.

Diversidad al servicio de la misión

«Dios es soberanamente libre en la distribución de sus dones. El Espíritu de Dios, en su libre iniciativa, los distribuye "a cada cual como quiere" (1 Co 12,11)».

La misión que nos encomienda la Iglesia de estar presentes en el entramado social, allí donde falta la “luz del Evangelio”, genera un amplio abanico de presencias, de pluralidad de formas, de modalidades de vida; provoca la dispersión, incluso desde el anonimato, requiere una organización flexible, y reconoce en los miembros de los Institutos Seculares una especial autonomía personal en el ámbito profesional y apostólico.

Esta diversidad puede darse en el interior de un mismo Instituto, con la finalidad de recrear el carisma y de impulsar la misión; también cristaliza en una pluralidad sugerente de Institutos Seculares con sensibilidades y matices diferentes en el modo de estar presentes en la sociedad, en su forma de organizarse, de vivir la fraternidad, de estructurar la formación inicial y permanente, de cómo administrar la economía, etc.

La diversidad al servicio de la misión es un tesoro a cuidar, porque responde a un importante desafío de la sociedad actual. Fruto de las migraciones, de los desplazamientos por motivos laborales, de la globalización de las comunicaciones, las sociedades del siglo XXI han adquirido un rostro multicultural y multi-religioso no fácil de asumir en la convivencia diaria, porque subyace siempre la tentación de rechazar “lo diferente”. Nosotras, nosotros, somos llamados a vivir la diversidad como oportunidad para testimoniar con nuestras actitudes el rostro de Dios, Padre de todos. Será un medio importante para “cambiar el mundo desde dentro”.

Orar en el mundo y desde el mundo

La oración cristiana nos remite siempre a la vida, al mundo y sus circunstancias. Los Institutos Seculares, somos invitados a orar desde la secularidad consagrada.

¹⁰ Benedicto XVI. Discurso a los Institutos Seculares con motivo del 60 Aniversario de la *Provida Mater Ecclesia*, 3 de febrero de 2007.

¹¹ *Ibidem*

Pero, «¿cómo orar en el mundo y desde el mundo, sin evadirme de los problemas de la gente, sin abandonar mis compromisos profesionales o las exigencias de la vida cotidiana? ¿Cómo trabajar sin perder de vista que Tú eres mi Señor, el único y verdadero Dios? ¿Cómo escucharte exclusivamente a Ti y entregarme gozosamente a tu Palabra en medio del bullicio y del estrés de cada día?»¹². Tenemos oportunidad de orar solos o en comunidad, de compartir la liturgia de las Horas o de meditarla solos en un rincón de la casa; pero el denominador común será siempre una “oración habitada” por el Dios de la vida y por los hermanos y hermanas más necesitados.

Los “reclamos” de la cultura actual no favorecen la interioridad necesaria para cuidar la relación con Dios, y esto supone un gran desafío. Pero, por otra parte, nos sorprende la sed de Dios y de trascendencia que hoy experimentan muchos hombres y mujeres; una sed que se manifiesta de diferentes maneras. Caminar cerca de ellos, entre ellos y con ellos, nos permite anunciarles al Dios vivo, Señor de cielo y tierra. Con nuestra palabra y nuestras actitudes tenemos la oportunidad de indicarles por dónde anda Dios en este mundo. Ésta es la tarea que la Iglesia nos encomienda de manera particular.

Mi experiencia como consagrada secular.

El acontecimiento que marca un antes y un después de la vida del creyente, es reconocer en el interior la voz de Dios que sugiere un cambio de ruta, abandonar proyectos personales y ponernos a disposición del proyecto que Él tiene pensado para cada uno. Esta experiencia solo es posible con la ayuda del Espíritu que habita en nuestro corazón.

«Tú tienes vocación». Escuchar esta afirmación de labios de mi Fundador, el Venerable Vicente Garrido Pastor, me llenó de una inmensa alegría. Sentí una gran sensación de libertad. Tenía 20 años y participaba en un turno de Ejercicios que dirigía Don Vicente a un grupo de jóvenes, en la casa de las Obreras de la Cruz, de Moncada (Valencia). La corta conversación que mantuve con él abrió horizontes nuevos en mi vida; vino a confirmar algo que yo sentía y no sabía o no quería reconocer.

En ese momento, yo desconocía lo que era un Instituto Secular, pero veía en las Obreras de la Cruz “algo” diferente que me atraía. ¿Su estilo y modo de estar entre la gente? ¿Su sencillez y acogida? ¿Su pasión por el apostolado? ¿Su libertad para dejarlo todo y entregar la vida a Dios? Y, sobre todo, su alegría. Después de conocerlas empecé a preguntarme, ¿por qué no yo? Fue como un aldabonazo, algo que irrumpía en mi vida y cambiaba mis planes. Se hicieron verdad en mí las palabras del profeta Isaías: «Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos» (Is 55, 7).

Desde la formación y la experiencia compartida en el Instituto, fui comprendiendo el carisma de la secularidad consagrada, y poco a poco se afianzó en mí la convicción de que éste era mi lugar. Pertenecer al Instituto Secular Obreras de la Cruz me ha permitido crecer humana y espiritualmente. Ha sido y es un regalo del Señor.

Por la espiritualidad de mi Instituto he descubierto el valor de lo pequeño, de la capacidad que tiene el Evangelio para transformar vidas y situaciones; he asumido la

¹² E. PIRONIO: Palabras introductorias a la Asamblea de Responsables Generales, 23 agosto 1976

importancia del trabajo bien hecho, de lo que supone “pasar por uno de tantos”, como lo hizo Jesús. La contemplación de la vida de Nazaret me evoca el valor de la vida cotidiana, propio de un Instituto Secular; la contemplación de Cristo Crucificado, me exige no perder de vista la importancia de la reconciliación para la vida de los hombres; la imagen de la Virgen al pie de la Cruz dirige mi mirada hacia los crucificados de este mundo.

La Palabra ha ido iluminando mi existencia: me siento vulnerable, pero amada por Dios; un Dios que percibo que me quiere, pero también me incomoda por la exigencia de sus propuestas, siempre encaminadas a “salir” de mí misma.

La misión del Instituto, apostolado social obrero, me sitúa entre la gente corriente, la que trabaja y se esfuerza por ganar el sustento de cada día. Así he vivido mi profesión en el Arzobispado de Valencia. Trabajar en un ámbito tan eclesial me provocaba preguntas: ¿es propio de un Instituto Secular este lugar? Esta permanente inquietud me ha ayudado a comprender que es más importante el cómo que el dónde para vivir la secularidad consagrada en el ámbito profesional.

Durante varios años he coordinado el Apostolado en mi Instituto y, particularmente, trabajé en el apostolado juvenil. Han sido años muy creativos, he compartido con otras Obreras de la Cruz ilusiones y proyectos. Hemos trabajado y soñado; hemos sido felices acercando la Palabra de Dios a niños y jóvenes, cultivando su sensibilidad ante las necesidades del mundo, proponiéndoles experiencias de silencio...

Otras tareas significativas en mi Instituto han sido la de Consejera y, ahora, Directora general. Estos servicios me han permitido, me están permitiendo, ser testigo de la riqueza acumulada por personas que entregan su vida a Dios y empeñan su existencia al servicio de los hermanos en diferentes lugares, tareas, profesiones, siendo expresión de la universalidad de la misión que compartimos. Y surgen experiencias evangelizadoras nuevas, acordes con las necesidades de la gente. Y he descubierto, también, que Dios actúa en y desde la fragilidad humana, en lo pequeño, allí donde Él quiere que surja vida. Una lección que deseo grabar en lo hondo de mi corazón.

Desde junio de 2014, presido la Conferencia Española de Institutos Seculares —CEDIS—. Aquí descubro la creatividad del Espíritu. Cada Instituto con su carisma aporta novedad a la vida consagrada secular, mostrando páginas diferentes del Evangelio con su vida y misión.

Y he tenido el privilegio de actuar como copista y Notaria actuaria en el Proceso de Canonización de mi Fundador, el Venerable Vicente Garrido Pastor. Un tiempo de gracia. A través del testimonio de las personas que pasaban por el Tribunal iba creciendo en mí una convicción: Don Vicente ha sido un regalo para la Iglesia y para el mundo. Esta experiencia me ayudó a valorar la aportación de todos los Fundadores y Fundadoras.

A modo de conclusión

Todos somos llamados a vivir el Evangelio de forma radical, como nos pide el Papa Francisco. Pero cada vocación acentúa proféticamente un aspecto de la vida de Jesús. Quizá, el nuestro sea estar en el mundo “como uno de tantos”, provocando, así, la

cercanía con la gente, implicándonos en la construcción de un mundo nuevo, el soñado por Dios, y hacerlo desde los compromisos laborales, familiares, parroquiales, sociales... Y «sembrar a Cristo en las almas» —dirá mi Fundador Vicente Garrido Pastor—, para poder transformar el mundo mismo.